

emperador de la China se digna tambien con sus manos imperiales conducir un arado y hacer un surco en un dia de fiesta, y esto no impide que la China sea continuamente presa de la hambre y que los padres echen en los rios los hijos que no pueden alimentar. La causa está en que la China es un estado despótico y que cuando los cultivadores se ven tratados á palos todo el año, el honor que se les cree hacer un solo dia de él no los indemniza ni consuela.

Me veré precisado á refutar mas de una vez el sistema de los fomentos, cuando Filangieri trate de la industria; por consecuencia me refiero á otras aclaraciones que probarán que es dañoso este sistema, aun respecto de la moral.

CAPITULO IV.

De la conversion de los príncipes al sistema pacífico.

« El grito de la razon llegó al fin hasta los
» tronos : los príncipes han empezado á co-
» nocer que el verdadero origen de la gran-
» deza no está en la fuerza ni en las armas. »

INTRODUCCION, p. 2.

¿ Es indudable acaso, que por qué la razon ha llegado hasta los tronos, hayan empezado á conocer los príncipes que deben respetar mas la vida de los hombres y que su verdadera grandeza no estaba en la fuerza ni en las armas? Yo me daría por muy satisfecho en adoptar esta lisongera suposicion; pero no puedo menos de tener ciertos escrúpulos. Me traslado á aquel momento en que Filangieri escribia estas líneas y echo una

ojeada sobre el espacio de cuarenta años. Veo acabada la guerra de siete años y muy luego empezada la de América, durante la cual José II amenaza á la Prusia y ataca á los Turcos: la Suecia se arroja muy locamente contra la Rusia: divídese la Polonia; y si de esto no resulta una guerra es por que los co-partícipes son tres contra uno. En fin los reyes de Europa se coligan contra la Francia que quiere erigirse un gobierno libre: despues de diez años de combates sangrientos, se les vence; pero entonces el gobierno de la Francia abjura la moderacion y la justicia, y durante diez años mas, el espacio que separa Lisboa de Moscou y Hamburgo de Nápoles se inunda de nuevo de sangre. ¿ Son acaso estas, pruebas bien convincentes del imperio de la razon?

Hay sin embargo en el aserto de Filangieri, un fondo de verdad que desfigura, el mismo, con unos cumplimien-

tos bien intencionados, aunque poco merecidos por el poder.

Asi como lo he observado anteriormente (cap. II), el sistema guerrero está en contradiccion con el estado actual de la especie humana, pues llegó la época del comercio y dominando la propension comercial ha de debilitarse la guerrera.

La guerra y el comercio no son mas que dos medios diferentes para llegar al mismo objeto, esto es, el de poseer lo que se desea. El comercio no es otra cosa mas que un homenaje tributado á la fuerza del poseedor por el aspirante á la posesion, y una tentativa para conseguir amigablemente lo que se cree poder conquistar por la violencia: un hombre que fuese siempre el mas fuerte jamas se le ocurriria la idea del comercio; la experiencia es la que, probándole que la guerra, esto es el empleo de la propia fuerza contra la agena, está

expuestas á diversas resistencias y golpes, le induce á recurrir al comercio, como á un medio mas suave y seguro de empeñar el interes de los otros en consentir lo que conviene á su bienestar particular.

La guerra es pues anterior el comercio: la una es el impulso de un deseo sin experiencia, y el otro el cálculo de un deseo ilustrado. El comercio por esta causa, debe remplazar á la guerra; pero al sustituirla, la desacredita y la hace odiosa á las naciones, y esto es lo que se advierte en nuestros dias.

El único objeto de las naciones modernas es el reposo, con este la comodidad, y como origen de ella la industria. La guerra es cada dia mas, un medio ineficaz para alcanzar este fin. Sus probabilidades no ofrecen ya ni á los individuos, ni á los pueblos unos beneficios que igualen á los resultados del trabajo sosegado y de los cambios regu-

lares. Entre los antiguos una guerra feliz, aumentaba la riqueza pública y particular de los vencedores, con esclavos, tributos y tierras, y entre los modernos una guerra dichosa cuesta infaliblemente mas de lo que produce.

La situacion, pues, de los pueblos modernos les impide ser belicosos por interes, y algunas razones en el pormenor, aunque siempre sacadas de los progresos de la especie humana, y por consecuencia de la diferencia de las épocas, vienen á juntarse á las causas generales para impedir tambien á las naciones de nuestros dias el ser guerreras por inclinacion.

El nuevo modo de combatir, la diferencia de armas y la artillería han quitado á la vida militar lo mas alagüeño que tenia: ya no se lucha contra el peligro, sino contra la fatalidad. El valor debe armarse de resignacion ó componerse de indolencia. Ya no se saborea

aquel placer de la voluntad, de la accion, del desarrollo de las fuerzas físicas y de las facultades morales que hacian desear á los heroes antiguos de la edad media los combates cuerpo á cuerpo: la guerra pues ha perdido tanto sus atractivos como su utilidad.

Resulta de esto que un gobierno que hablase en el día de la gloria militar y por consecuencia de la guerra como objeto, desconoceria el espíritu de las naciones y él de la época. El hijo de Filipo no se atreveria á proponer á sus súbditos la invasion del universo, y el discurso de Pirro á Cineas pareceria el colmo de la insolencia ó de la locura*.

Los gobiernos que reconocen las verdades lo mas tarde que pueden, pero que á pesar de todos sus esfuerzos no podrian preservarse de ellas eternamente, han notado la mudanza veri-

* Del espíritu de conquista cap. 1.

ficada en la disposicion de los pueblos. Por lo tanto les tributan homenaje en sus actos públicos y discursos, y evitan confesar abiertamente su inclinacion á las conquistas, aparentando siempre suspirar cuando toman las armas. Bajo este aspecto, como lo observa Filangieri la razon ha penetrado hasta los tronos: pero forzando el poder á que varie de lenguaje; ha ilustrado el entendimiento ó convertido el corazon de los que la casualidad ha investido de la autoridad, segun se lisongea esperarlo el filósofo italiano?

Tengo el sentimiento de no creerlo, pues no veo en su conducta mas deseo de la paz y si solo mas hipocresia.

Cuando Federico atacaba al Austria para apoderarse de la Silesia, dijo que no queria otra cosa mas que hacer valer ciertos derechos antiguos para dar á su reino una extension conveniente; cuando la Inglaterra agotaba sus hombres y

sus tesoros para subyugar la América, solo aspiraba á volver á atraer bajo las leyes protectoras de la metrópoli unos hijos extraviados; cuando lleva la desolacion á la India, solo cree vigilar los intereses y asegurar la prosperidad de su comercio; cuando tres potencias coligadas se repartian entre sí la polonia, no tenian otras miras que la de volver á los polacos agitados, la tranquilidad que turbaban sus luchas intestinas; cuando estas mismas potencias invadian la Francia libre yá, se proponian consolidar los tronos conmovidos; cuando en el dia avasallan la Italia y amenazan la España, el orden social es que la reclama su intervencion. En todo esto no se oye pronunciar la palabra *conquista*. ¿Mas por eso la sangre de los pueblos está menos próxima á derramarse! ; Que les importa el pretexto bajo el cual se vierta! Este mismo, no es esencialmente mas que una nueva irrision.

No debemos pues, como el muy confiado Filangieri nos aconseja, descansar demasiado en el influjo de la razon sobre los tronos y en la prudencia de los príncipes. Si se ha de preservar el mundo del azote de las guerras injustas ó inútiles, preciso es que la sabiduría de las naciones tenga parte en ellas: en el capítulo II he dicho de que manera debe esta intervenir.